

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Una lágrima*, soneto, por don Julian Romea.—*Deberes de la mujer*, (continuacion), por don Eusebio Blasco.—*El invierno*, poesía, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Hijo por hijo*, (continuacion) por doña María Mendoza de Vives.—*El muchacho y la vela*, fábula, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—*Teatros*, por Una madre de familia.—*Explicacion y aplicacion del figurin de modas*, por Pamela.—LÁMINA.—Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XLII.

MME. HONORIA Á CAMILO.

Madrid, octubre de 18...

Hace dos dias recibí tu carta: todo lo que en ella me dices acerca de haberse roto el matrimonio de Cesar y del nuevo casamiento que vá á llevar á cabo, lo sabia ya: largo seria de referirte porqué combinacion de circunstancias ha llegado esto á mi noticia: y solo te diré que supe por Valentina tu decision de casarte con Clara de Campo Verde, sabiéndolo ella á su vez por César á quien tú se lo decias al reconvenirle por su locura.

¡Coincidencia estraña! al recibir yo la carta de esa pobre niña obcecada, en la que me decia, envidiando á Clara, que ibas á casarte con ella, tenia la pluma en la mano para desahogar contigo mi corazon contándote cómo la noble y desgraciada condesa de Campo Verde, la amiga de tu madre, habia apurado un nuevo dolor con el desaire inferido á su hija.

Debo decirte la verdad como siempre, Camilo: no me atrevía á decirte que te casaras con Clara: y, sin embargo, te conozco y abrigaba una vaga esperanza de que lo hicieras. ¡Si vieras

Año I.—Núm. 46.

qué dichosa soy al saber que has pensado en ello! Camilo ¡por qué prodigio de nuestra mútua comprension, pensamos los dos del mismo modo, en todos aquellos casos en que el corazon toma la iniciativa y la razon decide? ¡por qué ves tu las cosas por igual prisma que yo? ¡Tu, hombre fuerte, probado por la adversidad, halagado por la fortuna, y que has gustado todos los sinsabores y todas las dulzuras de la vida! Tú piensas lo mismo que yo, pobre mujer débil é ignorante, que no conoce el mundo ni ha tratado mas que con niñas! luego, lo verdaderamente bueno lo es para todos, y los yerros del corazon humano nacen única y esclusivamente de que deseamos y logramos alucinarnos con sofismas dictados por la vanidad ó por nuestras ruines pasiones!

Gracias, Camilo, por casarte con Clara! Gracias por ella y sobre todo por su madre! Lo que haces es una obra buena, que, sin embargo, no será recompensada por la felicidad en los primeros años de tu union: tienes que educar á Clara, que no lo está, porque su carácter duro se ha resistido al dulce yugo que yo quise imponerle: pero ella tomará esta educacion de su mismo amor, porque te amará de todo corazon.

¿Y cómo no? Es imposible que ninguna mujer se te resista! Yo misma, con la mano puesta sobre mi corazon, me he preguntado muchas veces si era amor esta admiracion apasionada, esta afeccion tierna que siento hácia tí... pero una voz clara y sonora, la voz de la verdad, me ha dicho que no, y que solo me inspirabas el cariño de un hermano.

Ella te amará, sí! pero ¿y tú á ella? ¡ay! no lo sé!

Las naturalezas fuertes y enérgicas, como la tuya, necesitan otra naturaleza dulce y suave, porque la ley de los contrastes es la que mas impera: ¿no te serán antipáticos el carácter áspero y fuerte de Clara, su voluntad indomable, y hasta su enérgico modo de sentir?

16 de diciembre de 1864.

Piensa bien en esto, Camilo; piensa en que sabiendo que el matrimonio es un lazo que ahoga á tantos, has huido de él hasta ahora: por que mas generoso será dejar á Clara con su injuria, que sujetarla al martirio eterno de un matrimonio sin amor y sin ilusiones!

A pesar de vivir en el retiro, me ha aterrado muchas veces el leer en el corazon de algunos esposos: he visto á vários que, creyendo amar á su mujer, han estado, sin saberlo ellos mismos, apasionados de otras hasta la ceguedad: yo lo conocia: las desgraciadas esposas lo conocian tambien, y ellos eran los únicos que lo ignoraban.

Estúpida creencia es el pensar que el hombre que se casa ahoga su corazon para todas las mujeres escepto la suya; ¿acaso dejan las otras de ser bonitas, coquetas, é interesantes, porque él haya elegido compañera? ¿acaso la saciedad no le hace ver en menguante los atractivos de la que posee? ¿acaso él no agrada á las otras por la misma razon que agradó á la suya?

Camilo, todo esto que te digo lo sabes tú mejor que yo: porque tú has amado ya á mas de una muger que era de otro, y debes tener presente que otros pueden amar á la tuya.

Sin embargo, si alguna mujer es susceptible de una mudanza feliz, esta mujer es Clara.

Tú eres el único que puede hacer de ella un ángel, una criatura sublime: con otro cualquiera, hallaria el mas terrible dolor que puede encontrarse en el matrimonio: el de ver que su marido valia menos que ella; contigo, no: tu superioridad es inmensa, y ella tiene bastante talento para conocerla y apreciarla.

A Dios, Camilo: medita antes de contestarme y, si son ciertos los temores que abrigo, si los abrigas tú tambien, no me contestes, y renuncia á ese casamiento.

—Ya me abrumba la soledad en que vivo! me decias hace poco tiempo: ya deseo un hogar y una familia.—¡Ay, Camilo, créeme! vale mas la soledad helada, pero tranquila, que los prosaicos dolores de la vida que se pasa con una desagradable ó triste compañía: piensa en tí al mismo tiempo que en Clara, y mira si tu grandeza, si la elevación de tu talento pueden rebajarse hasta la pequeñez de los cuidados del jefe de una familia, tan árdusos para otros, y que serán para tí de una abrumadora vulgaridad!

Ya sabes que vives siempre en la memoria de tu hermana

HONORIA.

(Se continuará).

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

UNA LÁGRIMA.

SONETO.

¡Oh, cuan hermosa y llena de dulzura
Brillar te miro, lágrima querida,
Del párpado entreabierto suspendida,
Blanda, elocuente, cristalina y pura!
¡Mucha pena ¿verdad? mucha amargura
Guardaba allá en sus senos escondida
Al despedirte el alma dolorida,
Hija de su cariño y su ternura!
Adios, prenda de paz y de consuelo;
Estrella que benéfica aparece
A templar los dolores de este suelo,
Vuela con esa brisa que te mece,
Y deshecha en vapor vuélvete al cielo,
Que este mundo sin fé no te merece.

JULIAN ROMEA.

DEBERES DE LA MUJER.

(Continuacion).

X.

En esta situacion se encontraban nuestros personajes, cuando un caballero particular vino á interponerse entre la niña y su novio, sin duda para que no viéndose, no se irritaran.

Era un teniente de caballeria.

Habia visto á la muchacha en la iglesia de San Justo, no porque él (el teniente, no el santo) fuera devoto y rezador, sino porque la muchacha tuvo la fatalidad, ó la fortuna, de salir del templo al mismo tiempo que el teniente pasaba por delante de la puerta.

Y este caballero teniente, que era enamorado, si los hay, siguió á la novia de Casto diciéndole todas esas cosas que suele decir la tropa fina.

XI.

Casto se habia alejado de la casa de su amada, con el corazon oprimido.

Lo que mas pena le causaba era la seguridad en que habia dicho que se buscaria otro.

—Si yo viera que otro hombre la enamoraba.....

Decia Casto, y daba chasquidos con el dedo índice de la mano derecha sobre el dorso de la mano izquierda.

Dos dias despues vió á Paulina en paseo, seguida por el caballero teniente, que brillaba al sol como un quinquillero ambulante.

El leon dió un rugido; es decir, Casto se puso en guardia.

XII.

Se fué derecho al militar.

—¡Caballero!...

—¡Caballero!...

—He observado que va usted siguiendo á aquella señorita..

—¿A cuál?

—A aquella.

—Hombre, ni siquiera habia reparado en ella. Casto se quedó frio.

—Pues... balbuceó... me consta que estos dias ha intentado V. hacerle el amor y...

—¡Yo! V. está loco... Se le habrá figurado á ella. No se me ha ocurrido mirarla siquiera.

Casto estaba mortal.

—No me gusta, continuó el teniente. Además, tengo otras á quien adorar, antes que á ella. Se ha equivocado V. solemnemente, caballero.

Casto se quedó mirando al suelo.

El teniente le dijo:

—Celebro infinito haber tenido el gusto...

Y se marchó murmurando:

—Lo he partido.

XIII.

Casto se marchó á su casa y tuvo la satisfaccion de desahogarse dándose de cabezadas contra la pared de su cuarto.

—Pero señor,—decia,—¿Es posible que sea yo tan irracional? ¿Es posible que ella sea tan coqueta? ¿Es posible que todavía sienta mi corazon algo por ella? ¡Oh! no he de pensar mas en ese mónstruo con bandós.

Es decir, que entre Casto y su amada podrian suceder dos cosas. O se olvidaban mutuamente, ó reanudaban el roto lazo de modo tal, que nunca pudiera ser disuelto.

¿A quién correspondia hallar la solucion del problema?

A ella.

Pensó como tal vez no pensará ninguna mujer del mundo en las] circunstancias en que aquella se encontraba.

Dijo lo siguiente:

El es brusco, es arrebatado, es egoista. Yo puedo amarle de modo, que se cure de estas tres enfermedades del alma. Además, no me ama como debiera, ó, lo que es lo mismo, no está completamente enamorado de mí. Si lo estuviera, no hubiera cometido la imprudencia de proponerme un trueno... ¿Qué debo hacer? Se me presenta una bella ocasion de interesarle mas en el amor que hácia mí siente. Con solo hacer caso

del militar intempestivo que ha venido á interponerse en el camino de Casto, Casto tendrá celos, y me adorará mucho mas que antes en cuanto vea ó se figure que yo le amo menos.

Pero no, no ha de ser este sistema. Con otro hombre mas insensible que Casto, podria obrar del modo que dejó dicho. El sufriria mucho...

Tomó una pluma y escribió una carta.

XIV.

Casto la recibió al dia siguiente y la leyó: Decia lo siguiente:

»Qué voluble y qué frívolo he debido parecerle, Casto, al guardar silencio desde el otro dia hasta ahora...

»No sé si te he faltado. Mas ya que tú te has enojado conmigo, es indudable que habré sido criminal.

»¿Me perdonas?

»En cambio de tu perdon, te ofrezco la adjunta carta que hace dos dias me han dirigido. »Ya ves que está cerrada. No la he leido, pero »tú me contarás lo que en ella se dice.»

Casto abrió la carta que su amada le incluía en la suya.

Era del teniente y estaba escrita en verso.

Corrió á casa de su amada, se arrodilló á sus pies... Querrán ustedes creer que Casto y Paulina tienen ya dos hermosos niños?

XV.

En el capítulo siguiente comentaremos el cuento.

(Se continuará.)

EUSEBIO BLASCO.

EL INVIERNO.

Triste has llegado, encanecido invierno,
Con tu manto de escarchas y de nieve
A que tu cierzo bramador se lleve
El tallo mustio de la seca flor.

Tus hielos cubrirán el verde prado
Do cantaban parleras avecillas,
Llevándote inclemente las semillas
Que olvidó el laborioso labrador.

¿Qué han de comer los pobres jilguerillos,
Si arrastras en tus alas despiadadas
Esas sobras, que deja abandonadas
Quien llenó sus graneros con afan?

¿Qué han de comer los tímidos gorriones
Que, mirando la nieve con tristura,

Pian de hambre, de frio y de amargura
Y desolados por el aire van?

Si pudiera mi amor alimentarles,
¡Oh, invierno! no tu furia temeria:
Otro tiempo alimento les ponía
De una alta encina en el añoso pié:
Y ví las pobres madres que gozosas
Llevaban á sus hijos el sustento,
Y lágrimas vertiendo de contento
Yo tambien con su gozo me alegré.

Mas hoy, invierno, ni alimento llevo
A mis amigas, las parleras aves,
Ni alegría me das, pues que tú sabes
Que, ave triste, vegeto en mi prision,
Solo miro tu hielo y tus tormentas,
Tu niebla, que tortura el pecho mio;
Mas recuerdo á mis aves y te envío
Por ellas este canto de afliccion.

Sí, de afliccion: que quien se alegra solo
Ante la luz del sol y ante las flores,
Solo puede sentir luto y dolores
Cuando flores le robas, luz y sol:

Y quien es tan mezquina en sus deseos
Que pide solo luz por su alegría,
Anhela, por consuelo á su agonía,
De la antorcha del cielo el arreból.

¡Pasa veloz, desolador invierno!
Pasa veloz con tu perpétua noche!
¡Pasa y que vea el aromado broche
Que ostenta en marzo la primera flor!

Risa de la esmaltada primavera
Ella será para mis tristes ojos,
Y yo al Eterno adoraré de hinojos
Y gracias le daré llena de amor.

Por fin, cuando veia estensos bosques
Cubiertos todos de eternal blancura;
Cuando veia el prado y la llanura
Y por ella al rebaño caminar;

Cuando á la orilla del helado rio
Con grano y pan alegre me sentaba
Y á las aves, que amante sustentaba,
Cariñosa y paciente iba á esperar;

Veia cielo y luz: veia nieve
En la elevada cumbre del Moncayo,
Y de luna esperaba el primer rayo
Que iluminaba el firmamento azul:

Y el alto Castellar se me fingia
A la enfermiza, acalorada mente,
Oculto entre las nieblas de Occidente
Un fantasma velado en blanco tul.

Veia el ancho hogar de mis abuelos
Do chispeaba la llama enrojecida,
Y consejas oia estremecida.

Del anciano viagero narrador;

En tanto que apoyaba mi cabeza
En mi hermoso mastin, dorado y cano,
Que, con mi peso, se sentia ufano
Y lamia mi frente con amor.

Ahora, invierno, tus fugaces dias
Y eternas noches de pavor me llenan,
Y tus nieblas el pecho mio apenas
Que yerto siempre y desmayado está.

Las pobres flores, que cuidé anhelante
Para que engalanasen mi aposento,
Al rudo empuje de aquilon violento
Ha muchos dias que murieron ya.

Y la pobleavecilla, que su canto
Me daba alegre, al despuntar el dia,
Une su duelo á la tristeza mia
Y emudece tambien en su afliccion;

Y mientras duerme la natura triste,
El insecto, la flor, la ave canora,
El alma mia, entristecida, llora
Cual la esclava africana en su prision.

¡Oh, invierno! No me culpes, si con quejas
Y con lamentos solo te recibo!

¿Qué he de hacer, si me ocultas tan esquivo
Hasta del sol la bienhechora luz?

¿Qué he de hacer si sepultas mi alegría,
Mis aves y mis flores en tu manto,
Y, sin duelo á mi pena y á mi llanto,
Te llevas mi contento en tu capuz?

Pero yo quiero amarte y bendecirte
Cual bendigo las otras estaciones;
Enfrena tus soberbios aquilones
Que esta sola merced te he de pedir;

Deja á las dulces aves sus asilos
De helecho y disecadas yerbecillas;
Déjales en los campos las semillas,
Porque van las cuitadas á morir.

Si generoso cumples mi deseo,
Daré al olvido tu perpétua noche,
Por mas que ansie el perfumado broche
Que ostenta en marzo la primera flor.

Contenta me verás, mi pobre anciano,
Y adoraré tu cana cabellera
Esperando á la hermosa primavera
Como á la hermosa nieta de tu amor.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

Esto lo dijo la maestra con marcada intencion.

—¡Cuán feliz sois! y cómo va á sufrir esa pobre madre si se compara con vos!

—¿Por qué le dejó echar por donde quiso como las aguas de la sierra? añadió una beata, yacaso no sabia que quien ama el peligro en él perece?

—Compadezcamos su infortunio, pues nada sucede sin permision de Dios, dijo la maestra con un suspiro al que respondieron con otros, como ecos que se repiten, las personas del corro, separándose luego y tomando cada uno distinta direccion.

En algunos pueblos, ya sea por envejecidas costumbres, ya por estar mas arraigadas las creencias religiosas, se revisten ciertos actos de una imponente severidad que no tienen á veces en las grandes ciudades. En estas, la habitacion de un moribundo en nada se distingue de la de un enfermo cualquiera, á no ser en la tristeza de los semblantes, y en la presencia del sacerdote que asiste al que de la vida se despidе.

Pero en algunos pueblos el corazon se constriñe, y tristes y severos pensamientos ocupan el alma, apenas se pisa la habitacion de un enfermo de gravedad. Aquel improvisado altar que se levanta frente á la cama del paciente; aquella imágen de la buena muerte que se mira sobre el ara entre velas amarillas, que aumentan con sus opacas luces la palidez de los rostros, y la tristeza de los espiritus: aquel lúgubre susurro producido por las voces de algunos que rezan á coro afinados ante el altar; las palabras imponentes al par que consoladoras del sacerdote que auxilia al que agoniza; los ayes y la respiracion estertórea de este, acompañada de los agoniosos sufrimientos y terribles sacudidas que preceden á la desunion del espiritu y la materia, y por último, las lágrimas y sollozos de toda una familia, acongojan al mas indiferente, pareciendo que la angustia del agonizante y el dolor de los que lloran se filtran en su ser como los gases de la atmósfera que se respira.

Empero por ser un niño el que espiraba, nada de esto sucedia en la habitacion en que vamos á entrar.

Un gran velon de metal dorado, colocado sobre una alta cómoda, iluminaba una ancha sala con la viva y humeante luz de sus dos mecheros; unas cuantas mujeres hablaban en distintos círculos y de diferentes objetos produciendo un susurro sordo como el de un ancho colmenar, entre el que sobresalía, de vez en cuando, el agudo ceceo de risas sofocadas.

En medió de la habitacion, sobre un bonito catre, yacia sin movimiento alguno el desventurado niño. Su tez blanca y suave, como los vellones del mas fino algodón, pareciao aun

mas por cubrir parte de su frente una venda negra por debajo de la cual se escapaban en el mas bello desórden, hacia ambos lados de las sienes, sedosos rizos de un rubio pálido. Una criada mofletuda y de semblante estúpido haciale respirar un pomo de sales; los hombres ocupaban la pieza anterior á la del moribundo, y con la excusa de saber cómo seguía, agrupábanse á la puerta, donde cuchicheaban con algunas jóvenes. Tal era el aspecto de la habitacion donde acababa su corta vida un hermoso niño, dueño de algunos bienes y único amor de su desconsolada madre.

Al entrar la maestra, las mujeres se levantaron y la criada le cedió su puesto. La señora Tuyas echóse atrás su negra mantilla y tocó con el dorso de la mano la nariz y las orejas del moribundo, pulsóle un instante, y haciendo un extraño gesto al par que entornaba los ojos, preguntó por la madre.

—La han retirado de aquí con un accidente, repusieron varias voces. Al mismo tiempo, desprendiéndose de los que pugnaban por detenerla, entró en la habitacion una mujer jóven y hermosa, aun cuando la desesperacion iba retratada en su pálido semblante.

—¡Eulalia por Dios! gritó la maestra corriendo á su lado.

—Dejadme, respondió ella con desgarrador acento, es mi hijo el que agoniza y quiero estar á su lado, dejádmeme mientras tenga vida, que háto pronto me le quitarán: y corriendo hacia el lecho, cubrió al niño de besos y lágrimas.

La criatura, que unas horas antes era toda animacion y belleza, y que ahora como una azucena tronchada yacia en aquel lecho próximo á espirar, no hizo movimiento alguno.

—Está muerto, muerto el hijo de mis entrañas! clamó la madre golpeándose la frente con desesperacion.

La señora Tuyas cogióle las manos y sujetándola con otras mujeres, apresuróse á decir:

—Tu hijo no está muerto: pero aun cuando lo estuviese, ¿para qué es la santa resignacion!

Los circunstantes todos, que al presentarse la madre, como al golpe de una varita mágica habian enmudecido, alargado sus rostros, bajado los ojos y tomado de repente todas las apariencias de un contenido y silencioso pesar, la rodearon uniendo un sin fin de estériles reflexiones á las palabras de la maestra.

La madre, derramando un torrente de lágrimas, volvió á levantarse y á responder asiendo una mano de su hijo.

—Yo tendria resignacion si Dios le hubiera enviado una enfermedad, en la que se hubie-

se probado todo, y en que me hubiera convencido que era su divina voluntad llevarse al hijo de mis entrañas como me quitó á su padre. Pero muerto cuando mas lleno de salud me lo veia, muerto por los piés de un caballo, á la vista de todo el mundo, sin que haya habido una mano que le apartase del mal, pues el generoso esfuerzo de Salvador llegó tarde: ¡ay! es un golpe terrible, una desgracia que me costará la vida.

Salvador, que con otros hombres se encontraba en la pieza exterior, entró entonces con ellos acercándose al lecho y añadiendo sus reflexiones á las de las mujeres.

La madre siguió llorando y diciendo con desesperacion:

—Hijo de mi alma, muerto entre un caballo y una serpiente! sin tener una mano...

—Eulalia, Eulalia, interrumpiéndola con alto y severo tono la maestra, la voluntad de Dios era la de llevarse á tu hijo por ese medio, pues yo misma, si bien en el primer momento le rechacé por repugnancia del reptil, al punto así al niño del brazo, diciéndole: aquí, quieto aquí: pero él, como si la maldita culebra le aconsejase al oído, safóse de mí y corrió á la muerte.

A estas palabras pronunciadas con energia y sobre el mismo lecho, Salvador, que estaba frente á su madre, la miró con espresion como de alegría y arrepentimiento; al par que el niño, cual si lo que acababan de decir hubiera resonado en el fondo de su alma, abrió desmesuradamente los ojos, incorporóse de pronto, y mirando á la maestra con extraña espresion, llevóse ambas manos al pecho, como si quisiera arrancar de él una respuesta que el estertor de la agonía no le dejaba proferir.

En este momento solemne, los labios de la señora Tuyas se pusieron lívidos, una sombría tristeza oscureció el rostro de Salvador, y Eulalia, juzgando en la postrer sacudida de aquella juvenil naturaleza, no el vivaz reflejo de la luz que se estingue, sino una favorable reaccion, una esperanza de vida, lanzóse á él gritando:

—Hijo, hijo, habla!

Mas el niño, sin dejar de mirar á la maestra que á su vez no apartaba de él los ojos, lanzó un grito, estendió los brazos y desplomóse de espaldas para no volverse á levantar.

IV.

Acostumbra á decirse que el agradecimiento abre la puerta al amor; quizás por eso el forastero á quien con tan inocente solicitud asistiera Coloma, habia caído en la tentacion de enamorarse de ella.

La tierna y hermosa niña, que sin darse cuenta de lo que pasaba en su alma, queria con toda ella á Salvador, al oír la declaracion del extranjero, tuvo miedo, no solo de su cariño, sino hasta de su ardiente mirada, que parecia seguirla por do quiera como suele acontecer con la de un buen retrato. Cuando restablecido se dispuso á partir, al despedirse de su huésped repitió lo que habia dicho desde un principio: que se llamaba Andrés Martínez de Peralta; que tenia su residencia en Barcelona, aun cuando pasaba temporadas en Gerona y otras partes por asuntos de su comercio; que era natural de uno de los pueblos de los valles de Hecho y Ansó; y que traficando en lanas habia hecho una fortuna que ponía á disposicion de Coloma, si esta se dignaba aceptarle por marido.

La señora Tuyas cerró los ojos al oírle, temerosa de que apareciese en ellos su contento, y repuso que, si era cual decia, no solo Coloma, sino la familia entera se daba por muy honrada con semejante peticion.

Peralta reiteró sus protestas, y escribiendo algunos nombres en una hoja que arrancó de la cartera que ya conocia la maestra, entregóse-la diciendo:

—Aquí teneis los nombres de algunos comerciantes de paños en Barcelona, que me conocen, informaos de ellos con respecto á mis circunstancias. Y ofreciendo volver pronto, montó á caballo y partió.

Salvador y Coloma que se amaban en silencio, pues aun cuando vivian en la misma casa, rara vez se veian á solas, tal era la esquisita vigilancia que sobre ellos se ejercia, tuvieron con su marcha una alegría inmensa.

La señora Tuyas que no recibiera á Peralta sin torcida intencion, quedó dando vueltas entre sus dedos á la hoja de papel, y haciendo castillos en el aire.

Su plan marchaba á las mil maravillas. Al recoger cuando la imprevista caída, la cartera del forastero, habia leído en ella una carta por la que se deducia que Andrés Martínez de Peralta era rico, y soltero sin duda, pues en un párrafo le decian: «dichoso tú que eres solo, y por consiguiente libre para disfrutar tu oro con quien mejor te cuadre.»

Esto le sugirió un maquiavélico pensamiento, diciendo para sí: Coloma es extraordinariamente bonita, el forastero joven, y nada más fácil que se enamore de su simpática enfermera. La timidez de Coloma me garantiza de su obediencia; quitada de la casa por medio de un brillante casamiento, fácil será entonces que por despique ú olvido, acepte Salvador el que hasta ahora ha repugnado. (Se continuará).

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

FÁBULA.

EL MUCHACHO Y LA VELA.

Dijo una vez á la encendida vela
 Un chico de la escuela:
 «Yo quiero, como tú, lucir un día.»
 La vela respondió: «La suerte mía
 Solo es angustia y humo.
 Brillo, si; mas brillando me consumo.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TEATROS.

De muchas novedades tenemos que hablaros hoy, amables lectoras, mas por desgracia, son muy pocas las que merecen elogio.

La literatura dramática está muy en baja y los traductores y arregladores continúan haciendo el gasto de una manera lamentable.

Entre las obras estrenadas desde nuestra última revista, solo una es original, y á pesar de que esta circunstancia nos predisponía á aplaudirla, sentimos no poder hacerlo, por su falta de verdad en el fondo, y descuido en la forma.

Titúlase la obra, á que nos referimos, *Belleza en el alma*, y es debida á la pluma del Sr. Rico y Amat, que ha querido presentarnos en un ser deforme el sacrificio y la abnegación.

La idea no puede ser mas interesante; pero el Sr. Rico y Amat, en vez de pintar un personaje sublime, nos ha ofrecido un ente ridículo; y en vez de darnos una obra de esas que dominan al espectador, como se lo propuso á juzgar por las pretensiones que aquella revela, nos ha hecho ver una comedia vulgar y fastidiosa. El público la escuchó con resignación, gracias al esmero con que la desempeñaron los actores, digno de mejor causa, y á pesar de que los carteles la han anunciado despues como *muy aplaudida*, su vida ha sido muy efímera.

En el teatro de la calle de Jovellanos se han estrenado cuatro obras en un acto, tomadas todas del francés, y de las cuatro la mas aplaudida ha sido la que nos ha ofrecido el Sr. Pina con el título de *Las cuatro esquinas*, sin duda por la gracia con que está escrita, porque, en cuanto á su fondo, no podemos menos de rechazarle, y con nosotros todas las personas que, en primer lugar, quieran que el teatro sea, como es justo, el espejo de las buenas costumbres.

Hé aquí lo que, respecto de esta obra, dice el entendido crítico de *La Iberia*, con cuyo juicio estamos completamente conformes.

«En ella aparecen un padre y un hijo enamorados de una niña recién salida del colegio y de su madre, cambiando á lo mejor de amadas como podrian cambiar de camisa. Ramiro, aconsejando á su padre D. Diego que vivan los cuatro juntos, despues de casados, es un ejemplo vivo de todas las pasiones desenvueltas.»

«No, no es esa la misión del teatro. Con obras de esta índole, lo que se hace es desprestigiarle mas aun de lo que lo está, convirtiéndole en una cátedra de depravación y de escándalo. De ese sensualismo grosero, de ese refinamiento del goce material, discutido y practicado entre padres é hijos, resulta la perversion de todo sentimiento elevado; resulta la corrupción de la moral y la muerte de la familia.»

«Cuando el teatro se degrada hasta este punto, huyen de él las personas que buscaban recreo lícito y honesto. Cuanto mejor escrita y con mas gracia presentada está una obra de este género, mas daño hace y mayores censuras merece. Nosotros salimos desconsolados del teatro de la Zarzuela, cuya empresa muestra bien poco escrúpulo en la elección de obras. Esos cuadros en que lo atrevido del asunto corre parejas con lo desenvuelto de la forma, en que se recorren con mano atrevida y licenciosa todos los velos del pudor, debían representarse á puertas cerradas. ¡Qué aprenderán en ellos las hijas de familia! Si el teatro ha de ser la escuela de las malas costumbres, preferiríamos verle cerrado.»

Otra de las piezas estrenadas en este teatro con buen éxito, es la titulada *Como el pez en el agua*, y está arreglada del francés por el señor García: aunque su argumento es muy sencillo, consigue entretener agradablemente al público por la naturalidad y gracia del diálogo, y por el acierto con que la han interpretado la señora Fernandez y el Sr. Mario.

La zarzuela con música francesa, arreglada á nuestra escena con el título de *Las sillas de manos*, fué rechazada con mucha razón.

El juguete cómico titulado *Un héroe*, traducido tambien del francés, y estrenado despues, fué escuchado con indiferencia, lo mismo en el teatro de la Zarzuela que en el de Variedades; donde á la vez se ponía en escena con el título de *Aventuras de Calleja*.

Los espectadores vieron dos traducciones distintas; y... una sola obra mala.

La única producción que ha conseguido interesar al público, y que merece aplausos, es la zarzuela *El toque de ánimas*, la cual ha llevado una numerosa concurrencia al teatro del Circo, donde se ha puesto en escena. El

asunto de esta interesante obra está tomado de la ópera cómica francesa, *Salvator Rosa*, pero no por esto es menos digno de elogio el trabajo del Sr. Céspedes, que ha sabido engalanarlo con fáciles y vigorosos versos, y ha demostrado en él muy buenas dotes para este género de literatura. Aconsejamos á nuestras lectoras que vayan á ver *El toque de ánimas*, seguras de que han de aplaudir esta obra, tanto por las bellezas del libro, cuanto por la magnífica música con que la ha realizado el Sr. Arrieta, y por su esmerada ejecución, en la que se distinguen la Sra. Uzal, y los Sres. Obregon y Sanz.

Concluiremos consignando que en el teatro Real han conseguido un verdadero triunfo, con *Lucrecia Borgia*, las señoras Penco y Grossi, y los señores Nicolini y Selva.

Los *illettanti* y la empresa están de enhorabuena.

UNA MADRE DE FAMILIA.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

FIGURA 1.^a—*Vestido de viaje, ó de estancia en Niza*: este traje inventado para las damas rusas de la servidumbre de la emperatriz María Alejandrowna, consta de un vestido interior y otro exterior, ambos sencillos y del mejor gusto.

El primero es de cachemira punzó muy fina: y se compone de una enagua larga y formando cola, y de una camiseta de la misma tela ligeramente plegada en el talle, al que se sujeta con un ancho cinturón de terciopelo negro.

La enagua está adornada en la parte inferior con un volante montado á tablas y colocado al aire, al que sirven de cabeza cinco cintas de terciopelo negro.

La camiseta tiene la manga completamente ajustada.

Sobre este traje va otro de popelina de Irlanda color de Habana, que consta de falda y cazadora igual: ambas están adornadas con souché y puntillas negras.

La falda está abierta por detrás en todo su largo y abrochada con botones y ojales: lleva al canto un volante colocado al aire como el de la enagua interior: la abertura de la falda se guarnecé con unas solapas, en las cuales termina el volante, al que sirven de cabeza un encaje negro de dos centímetros, y tres terciopelitos negros.

La cazadora está adornada del mismo modo, pero mas en pequeño, y aunque no está abierta por detrás, lo aparenta y figura hallarse com-

pletamente abrochada: la manga está ajustada, y adornada en el bajo por una pequeña vuelta: esta cazadora se corta redonda por detrás y recta por delante.

Sombrero Francisco I, de fieltro color Habana, adornado por delante con plumas punzó y de pavo real.

Cuello y puños altos de tela lisa de hilo.

Ya hemos dicho el objeto de este traje: la estancia de la bella emperatriz de Rusia en Niza, esa ciudad intermedia entre la coqueta Francia y la voluptuosa Italia, le ha creado: aquellas de nuestras lectoras que tengan que viajar aun en esta rigurosa estación, pueden aprovechar el gracioso modelo que nos apresuramos á darles, en nuestro cuidado infatigable de presentarles, así que aparecen, todas las novedades del gran mundo, del cual es uno de los mas brillantes astros la hermosa, delicada, y espléndida emperatriz María.

FIG. 2.^a—*Traje de casa*: vestido de popelina verde: cuerpo alto, que termina en dos aldetas cuadradas por delante, y en tres iguales por detrás: estas aldetas, las vueltas de las mangas y el pecho del vestido están adornados por grueso cordel de seda, así llamado, porque efectivamente es un cordel. Los extremos de las aldetas están además orillados con una franja de bellotas verdes.

Toquilla de blonda negra.

Cinturón negro con gran hebilla de plata aluminio: del mismo género son los botones que cierran el cuerpo del vestido.

Cuello y mangas de tela lisa.

Sobre el respaldo de la silla de esta figura, hay un paletot pequeño, de terciopelo negro, forrado de tafetán blanco, el que consideramos inútil para un traje de casa.

Esta *toilette* es muy linda para jovencita por su sencillez: pero aconsejamos á las que les agrade, que no hagan caso de los guantes, tan inútiles como el paletot, para un traje interior.

En cambio les rogamos que se fijen en la forma del peinado, el que, segun representa esta linda figura, y segun sabemos por noticias fidedignas, empieza á llevarse muy alto: nuestras elegantes damas le han subido ya bastante: mis queridas lectoras, os envia esta noticia como un aviso que muy pronto tendreis ocasion de apreciar vuestra apasionada

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. Española, Torija, 14.